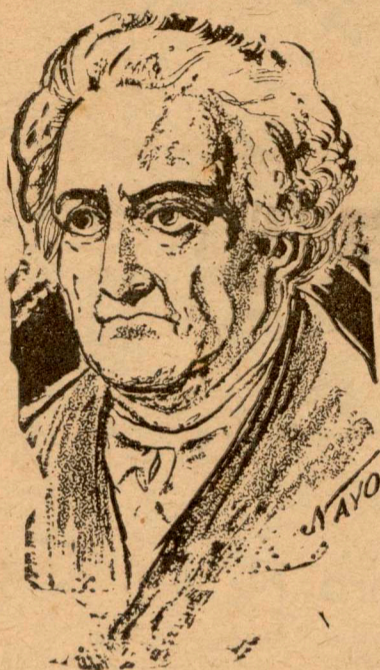


## EL ESLABON ENCONTRADO

por DIEGO MIRAN

Cuando el Profesor Raymond A. Dart se dio inesperadamente con el cráneo fósil del "Niño de Taungs", con el famoso Australopithecus, estaba lejos de imaginar que se iniciaba para él una formidable aventura, no menos llena de peripecias por ser intelectual que la de un hombre de acción o de mundo. Se había dado de manos a boca con un testimonio del vínculo antropológico entre el mono y el hombre procedente del período pleistoceno de la tierra, es decir, de hace un millón de años.



Desde ese momento, aquel médico y antropólogo australiano destacado, en el África del Sur con el objeto de impulsar los estudios de medicina en Johannesburgo, se entregó a la labor de confirmar una intuición de Darwin: que el origen de la especie humana estuvo en el corazón del continente negro. Era la época del auge del Sinantropus de Choukütien (China), que demostraba el inicio de la cultura por el empleo de la piedra, y si bien la noticia de la aparición del "Niño" africano en Sterkfontein produjo un gran impacto mundial, —sobre todo periodístico—, más tarde la opinión de las más notables autoridades de la especialidad del orbe entero rechazó la tesis de que el Australopithecus constituía, si no un hombre-mono, sí un mono-hombre.

Más tarde, el eslabón perdido de la serie de los primates. El enfriamiento científico de la teoría del Profesor Dart afectó su optimismo, pero no su voluntad de trabajo. Entre los pocos que adivinaron la importancia de su descubrimiento y sus estudios estuvo el Profesor Broom, quien, en una zona cercana a aquélla en donde apareció el "Niño" homínido, halló más pruebas de la presencia de un ser intermedio entre nuestra raza inteligente y el gorila. Más tarde, en Makapansgat, el Profesor Dart—entonces ya alentado por diversos partidarios de su tesis— elaboró la teoría de una "cultura de guijas" (o de huesos instrumentados), a la que relacionó, mediante una amplísima documentación científica, con su Australopithecus, ya no un mono avanzado —como creyó al comienzo—, sino un hombre primitivo.

De ahí que la palabra Prometheus (de Prometeo, el portador del fuego o, más propiamente, del conocimiento) fuera añadida a la denominación primera. Las investigaciones propias y ajenas abonaron las iniciales afirmaciones de Dart apoyadas únicamente en el cráneo de Taungs, convirtiendo ese grupo africano en el más antiguo que se conoce de la especie humana. Pero entre 1924 y nuestros años, cuando la ciencia y los científicos sin excepciones admiten la condición primigenia del Australopithecus, al cual se llama inclusive el Hombre Dartiano, ocurrieron muchas cosas, apoteosis y escepticismos, crisis y penosos esfuerzos, ataques prejuiciosos y halagos periodísticos. En "Aventuras con el Eslabón Perdido" (Fondo de Cultura Económica, 1962), el Profesor Dart y un colaborador de redacción, Dennis Craig, narran la historia de este importante descubrimiento y su triunfo final.

Es un libro que no sólo los hombres unidos a la ciencia por razones profesionales o de afición debieran leer, sino que, en la biblioteca de cualquier lector, constituirá un vademecum de ese espacio en tinieblas que es la prehistoria, donde, sin embargo, todos tenemos nuestra raíz, y una demostración, además, de lo ímproba que es la tarea de rasgar con la verdad los oscuros mantos de la costumbre, la superstición y el lugar común.

